



Real Oratorio del Caballero de Gracia

3 de diciembre de 2021

CURSO DE LIDERAZGO ÉTICO Corrientes actuales de pensamiento

Por Dra. María García Amilburu
Universidad Nacional de Educación a Distancia. UNED

1. Introducción

En primer lugar, quiero agradecer a D. Juan Moya, Rector del Real Oratorio del Caballero de Gracia, su invitación para impartir esta conferencia dentro del ciclo “Liderazgo Ético” dirigido a jóvenes profesionales. Entiendo que el propósito de esta sesión sobre “Corrientes actuales de pensamiento” busca señalar algunos planteamientos y modas intelectuales presentes en la

sociedad para comprender los estilos de vida que promueven; porque se desea establecer conversaciones que tiendan puentes con todos y ayudar a pensar en libertad más allá de los dictados de lo políticamente correcto. Pienso que al organizar este ciclo de conferencias se busca favorecer que cada uno pueda forjar una identidad sólida, que conecte con el mundo en el que le ha tocado vivir, sin mimetizarse acríticamente con las corrientes de moda o enquistarse en



egoístas zonas seguras de confort: por eso agradezco poder estar hoy aquí.

En este contexto querría, en primer término, mencionar brevemente tres verbos que no significan lo mismo:

- a. *Conocer*: quiere decir, sencillamente, tener información acerca de algo; o sea, no ignorarlo.
- b. *Comprender*: requiere dar un paso más, para hacerse cargo del porqué de una situación, o de los motivos que llevan a una persona a actuar de una determinada manera.
- c. *Compartir*: significa que se está de acuerdo con lo que dice o hace una persona.

Vale la pena recordar que es posible conocer y comprender una postura teórica o una acción humana, pero eso no conlleva necesariamente que se comparta ese planteamiento; y que es conveniente dialogar con todos, también con aquellos cuyas ideas no se comparten, porque cuando se quiere trabajar para mejorar el mundo, siempre se puede aprender de todos y también ayudar a los demás en algún aspecto.

2. Diagnóstico, pronóstico, tratamiento

Vamos a exponer brevemente algunas tendencias intelectuales que tienen una mayor influencia en el modo de comprender el mundo y nuestra situación en él en la actualidad. Por citar solo algunos planteamientos e ideologías a los que se remite con frecuencia para describir la situación actual se pueden mencionar el proceso de secularización, la filosofía de la deconstrucción, el pensamiento postmoderno, el relativismo, la tolerancia, la posverdad, los movimientos feministas, trans, y woke, la ideología de género, etc. Como es obvio no podemos ocuparnos de todos ellos en profundidad en solo unos minutos; voy a tratar solamente de los que considero más significativos, o que pueden tener mayor repercusión en la vida ordinaria de cada uno.

En concreto, me propongo describir a grandes rasgos la situación actual de Occidente –con

solo una breve mención al relativismo y la postmodernidad, porque ya se les dedicó una conferencia dentro de este ciclo-, para detenerme algo más en la llamada “era de la posverdad” y en algunas de sus consecuencias antropológicas, para finalizar aludiendo a la tiranía de la corrección política, el movimiento “woke” y la cultura de la cancelación.

Algunos pensadores describen la historia como “el mar que surca el barco de la humanidad”. Cuando la superficie del mar registra un fuerte oleaje, quienes están en el barco experimentan inquietud, inseguridad, mareo, zozobra y hasta miedo. Y esto parece que es lo que nos sucede a nosotros ahora. Pero conviene tener en cuenta que el oleaje no se produce solamente por el viento que sopla sobre la superficie del agua, sino por causas más profundas: por corrientes submarinas, movimientos sísmicos, etc. La principal causa de la inestabilidad en la superficie se origina en capas profundas, que cambian a menos velocidad, pero cuyos efectos son más duraderos y determinantes. Lo que se experimenta en la superficie son los acontecimientos de los que nos informan las noticias –los telediaros, los periódicos y redes sociales–: desastres naturales, accidentes, golpes de estado, famosos que vierten opiniones en las redes sociales, muertes y nacimientos de seres humanos, etc. Hoy son noticia y mañana dejan de tener interés. Pero bajo esta superficie “noticiable”, en estratos superpuestos de menor a mayor profundidad, pueden identificarse motivos económicos, políticos, sociales, desarrollos tecnológicos, culturales y, más cerca del fondo rocoso, corrientes de pensamiento que quizá indirectamente, pero con mayor persistencia, provocan el oleaje que desestabiliza la superficie.

Para comprender los cambios, a veces bruscos, en la superficie conviene ir hacia el fondo; por eso tiene interés conocer las principales corrientes de pensamiento presentes en el momento actual. Y de modo semejante como se actúa en el ámbito de la medicina para mejorar la salud de alguien, es necesario avanzar en tres etapas: realizar en primer lugar un *diagnóstico*;



para poder adelantar un *pronóstico* que permita aplicar un *tratamiento* que proporcione una mejoría en el futuro.

- a. *Diagnóstico*. La situación cultural en las Democracias Occidentales a inicios del siglo XXI es bastante parecida al ambiente de la Roma clásica pagana alrededor del año 50 d. JC.
- b. *¿Qué pronóstico cabe esperar?* No sabemos nos qué deparará el futuro, pero mirando hacia atrás en la historia, comprobamos que en poco menos de 3 siglos, todo el Imperio romano conocía a Jesucristo y era cristiano ¿Por qué no pensar que ahora puede suceder algo semejante? Dios no pierde batallas. La historia acabará bien, aunque no acabe aquí en este mundo terrenal, con nuestro esfuerzo, porque Dios se toma en serio la libertad humana y requiere nuestra cooperación. Por eso, el pronóstico es esperanzador, y es posible mirar al futuro con alegría. Como señalaba Benedicto XVI en la JMJ de Madrid en 2011: “El Señor os ha otorgado vivir en este momento de la historia, para que gracias a vuestra fe siga resonando su Nombre en toda la tierra”. Tene-

mos una misión, y sabemos que Dios está empeñado en que salga bien.

- c. Para ello, el *tratamiento* no difiere del empleado por los primeros discípulos: conocer, amar y seguir a Jesucristo. Es decir: formación, oración, sacramentos, y saber que no estamos solos: pedir ayuda, y dejarse ayudar. Cada uno en su lugar, haciendo lo que pueda y movilizándolo, en círculos concéntricos, a quienes tiene a su alrededor.

3. Cómo estamos en Occidente en el siglo XXI

Hemos mencionado que las democracias liberales occidentales de hoy en día pueden describirse como sociedades secularizadas -no solo paganas, sino descristianizadas, hasta con ciertos ramalazos de cristofobia- y en las que conviven sin ser cuestionadas críticamente posturas contradictorias entre sí.

En algunos aspectos el ambiente actual se asemeja al de la Roma clásica de los primeros años de nuestra era: algunas leyes vigentes en el Impero favorecían estilos de vida contrarios a la dignidad humano y, por tanto, que degradaban gravemente la existencia: basta pensar, por

ejemplo, en la legalización de la esclavitud. Por otra parte, la Roma pagana desconocía al Dios verdadero y los cristianos constituían una minoría, a veces perseguida. En nuestros días, muchos de estos rasgos se replican: se vive como si Dios no existiera y se le ignora -por desconocimiento o apostasía- y no faltan cristianos que son perseguidos, aunque no siempre con derramamiento de sangre.

Pero en otros aspectos, como las condiciones materiales de vida, la situación de Occidente en los inicios del siglo XXI es bastante diferente. Y existen elementos novedosos que influyen decisivamente en las formas de vida desarrolladas en la actualidad. Sin pretender ser exhaustivos, se pueden mencionar algunos rasgos propios de nuestra situación:

- El desarrollo acelerado sin precedentes de las ciencias empírico-positivas y sus aplicaciones tecnológicas.
- La ampliación de la esperanza de vida y la inversión de la pirámide demográfica.
Los flujos migratorios masivos.
- La universalización de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.
- Los procesos de globalización e interdependencia planetaria.
- La fragmentación del saber y especialización.
La monetarización de las relaciones humanas.
- La economía financiera especulativa.
- La mala explotación y distribución de los recursos de la tierra, y el desequilibrio ecológico.
- La ampliación de los espacios de libertad y una mayor democratización de los sistemas políticos.
- El crecimiento de la riqueza en términos absolutos; y el aumento de las desigualdades en su reparto, etc.

Lamentablemente, la conclusión que se saca en ocasiones a la vista del progreso del desarrollo científico y tecnológico alcanzado es que el ser humano es el dueño y señor del universo. Se llega a pensar que Dios ya no hace falta porque, con sus fuerzas y la ayuda de técnica puede con-



seguir cualquier cosa que se proponga; si todavía no lo ha logrado es porque aún no le ha dado tiempo. Y dando un paso más, no solo se piensa que Dios no hace falta, sino que casi estorba al ser humano, porque aceptar su existencia implicaría renunciar a considerarse el dueño absoluto de la propia vida y el cosmos. Y se prefiere declarar oficialmente “la muerte de Dios”.

A mi modo de ver, ahí está la raíz de la mayor parte de los problemas y contradicciones que encontramos en la actualidad, porque prescindir de Dios es el mayor error que puede cometer un ser humano. Dependemos del Creador, y pretender edificar la propia vida sobre nuestra presunta autosuficiencia es una empresa que solo puede acabar mal, porque se asienta sobre un error, en terreno pantanoso, y acabará derrumbándose, más tarde o más temprano. Y así, podemos ver a nuestro alrededor muchas vidas humanas “deshumanizadas”, rotas, angustiadas, inseguras. Como señaló acertadamente MacIntyre, somos seres racionales y dependientes: del Creador, y de los demás. Olvidarlo no ayuda a nadie.

4. Tras el relativismo, la era de la posverdad

A lo largo de estas sesiones se ha tratado ya sobre el relativismo que caracteriza a la postmodernidad, engendrado por los pensadores de la sospecha en la revolución estudiantil de mayo del 68 en Francia, por eso apenas voy a ocuparme de esta ideología que Benedicto XVI calificó como una auténtica dictadura.

Junto con el relativismo y la deconstrucción postmoderna están presentes en los ambientes intelectuales contemporáneos los posos del laicismo surgido tras la Revolución Francesa; el secularismo, agnosticismo y ateísmo en el ámbito religioso; el positivismo en el terreno científico; y el materialismo utilitarista que impregna la vida ordinaria y las relaciones sociales, dando origen a una de las épocas más individualistas de la historia de la humanidad.

El relativismo solo admite la validez objetiva de las afirmaciones de las ciencias empíricas, y concluye que en las dimensiones de la vida humana cada uno puede tener “su verdad”. Lo que hay que conseguir es no pelearse, “ser tolerantes”, para favorecer una convivencia pacífica. De su mano languidece el interés por conocer la realidad; es suficiente no molestar con mis ideas y que no me molesten con las ajenas.

Por si esta situación no fuera preocupante, en 2016 el *Diccionario de Oxford* declaró que el término “posverdad” se había alzado con el título de “palabra del año”. Ésta se entendía como “lo relativo o referido a circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes en la opinión pública que las emociones y las creencias personales”.

Un año más tarde se incorporaba este término al *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*, definiéndolo como la “distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales”. Y efectivamente, se puede comprobar como esta mentalidad se ha abierto camino en las esferas públicas y privadas, ayudada por el desarrollo de las redes sociales y la proliferación de las *fake news*.

Vivir en la era de la posverdad no se experimenta, ni equivale, a vivir en la mentira; porque para mentir es preciso falsificar a sabiendas una realidad conocida como verdadera, para utilizarla en beneficio propio. Quienes mienten saben que es posible alcanzar la verdad, aunque ellos la tergiversen dolosamente. Por el contrario, para quienes viven en un clima de posverdad, les resulta irrelevante conocer cómo son en verdad las cosas; importa muy poco estar o no en lo cierto.

Si alcanzar la verdad resulta indiferente, ¿qué es lo que puede tener importancia? ¿Qué es lo que cuenta es esos casos? La respuesta es sencilla y salta a la vista: las propias emociones. Ya no interesa conocer “qué es esto” o saber “si está bien hacer esto”; lo importante es descubrir, experimentar, “cómo me hace sentir”. ¿Me hace sentir bien aquí, ahora? ¡Pues adelante!

La primera consecuencia lógica del desprecio práctico de la verdad es el emotivismo imperante entre la sociedad, de manera especial entre los más jóvenes. Pero no es ésta la única consecuencia negativa, a nivel antropológico, de vivir instalados al margen de la verdad; como puede comprobarse fácilmente tenemos ante nuestros ojos toda una generación bastante desorientada. Hay mucho desconcierto, porque el ser humano ha perdido la conciencia de la propia identidad - también en la dimensión sexual-. Junto con eso, en el ambiente hedonista que nos rodea se experimenta la constante necesidad de sobrestimulación sensorial para poder disfrutar; se vive inmersos en un “presentismo” sin raíces ni planes de futuro; y en la polarización digital que lleva a escaparse a vivir otro/s mundo/s cada vez menos reales y más virtuales, etc.

Sin embargo, esta actitud resulta insostenible de manera permanente, porque hay preguntas que se plantean a todos los seres humanos en algún momento de la vida sobre las que sí interesa saber la verdad. Son interrogantes que surgen al tener que enfrentarse a la experiencia del sufrimiento; a circunstancias que parecen inexplicables a la luz de la razón; al experimentar la certeza de que en algún momento vamos a



morir; ante la incertidumbre acerca del más allá, y si nos espera otra vida después de ésta.

5. Consecuencias antropológicas de la era de la posverdad

La actitud de indiferencia hacia la verdad, la búsqueda inmediata del placer, la incapacidad de posponer la gratificación, y la inevitabilidad de estas preguntas genera en muchas ocasiones una gran frustración: y esta es una de las señales que nos indica que estamos viviendo una crisis antropológica sin igual en la historia de la humanidad.

Un amigo filósofo compartía hace unos meses una reflexión que resume gráficamente la crisis de identidad humana a la que me estoy refiriendo. Decía: “los veterinarios creen que los animales son personas, los médicos creen que las personas son como máquinas, y los ingenieros creen que las máquinas son como seres vivos”. Pienso que no le falta razón.

En este caldo de cultivo, surgen extrañas alianzas entre modos de entender el mundo y la existencia que, a primera vista, parece que no tienen mucha relación entre sí. Por ejemplo, veganos y animalistas conviven con quienes

promueven el movimiento transgénero, la utopía cyborg y el transhumanismo. Estas posturas, tan diferentes entre sí comparten un rasgo común: la pérdida de la conciencia de la identidad humana, tanto a nivel individual como de especie. En medio de esta confusión, reclaman los mismos derechos los transhumanistas y quienes promueven la legalización de la eutanasia; quienes defienden el aborto y quienes practican fecundaciones in vitro con o sin vientres de alquiler; los defensores del movimiento transgénero y quienes se definen sexualmente como fluidos-no-binarios, etc. Claramente, parece haberse olvidado a nivel práctico el principio de no contradicción.

Concretamente, una mentalidad bastante extendida en nuestro entorno es el animalismo. Sus defensores afirman que existe una injusta discriminación por parte del ser humano hacia otras especies animales; una discriminación que no tiene justificación racional ni base moral. En consecuencia, promueven el reconocimiento legal de los derechos de los animales, acusando de incurrir en el delito de “especismo” a quienes sostienen que la diferencia cualitativa que existe entre nuestra especie y el resto de los animales, nos permite considerar-

nos superiores e ellos en algunos aspectos. Roger Scruton elabora una consistente argumentación racional acerca de estas cuestiones en su libro *Animal Rights and Wrongs*, Demos, London, 1996; 3ª ed. Metro Books, London, 2000, cuya lectura puede iluminar a quienes estén interesados en este tema. Scruton sostiene que existen razones filosóficas de peso que permiten afirmar que nuestra especie es superior al resto de los animales: entre otras, que los humanos somos capaces de emitir juicios morales y creamos cultura, y ningún otro animal es capaz de ello.

Vivimos actualmente inmersos en una creciente antropomorfización del mundo animal -Disneyficación la llama Scruton-, cuyas causas pueden atribuirse en parte al sentimentalismo dominante en la sociedad, y la soledad de muchas personas que no encuentran otro ser humano que satisfaga la necesidad elemental de experimentar y dar afecto que todos tenemos. Sea como fuere, somos testigos de una preocupante equiparación fáctica entre los seres humanos y otros animales. Por lo que no está de más recordar que hay modos correctos e incorrectos de tratar a los seres humanos y a los animales. Por ejemplo, no es lícito tartar a un ser humano como si no lo fuera, faltándole al respeto, lesionando su dignidad, sin compasión; como un medio para alcanzar otro fin; o como un objeto al que explotar laboral, económica, emocional o sexualmente. Y tampoco es ilícito tratar a un animal como si no fuese un ser vivo, privándole de alimento, causándole un dolor innecesario; o tratarlo como si fuese un ser humano, imaginándonos sus afectos hacia nosotros, proyectando en ellos sentimientos y privilegios que solo corresponde recibir a otro ser humano; o descuidando a un ser humano por atender a un animal.

Otra consecuencia del desconocimiento práctico de la identidad humana se refleja en el movimiento transgénero, entendido como la postura ideológica, social y política que dice representar a las personas transexuales -que se han sometido a procesos de transición hormonal y quirúrgica para cambiar de género-, adu-

ciendo que el género no está vinculado a la anatomía, sino que es independiente de ella y por tanto puede ser elegido y modificado a voluntad. Es ésta una cuestión demasiado compleja para abordarla en este momento, pero considero interesante mencionarla como un ejemplo del desconocimiento radical de la condición humana.

5. La tiranía de la corrección política, el movimiento *woke* y la cultura de la cancelación

Hace unos días apareció esta cita en un muro de Facebook: “La tolerancia llegará a tal nivel, que las personas inteligentes tendrán prohibido pensar para no ofender a los imbéciles. Fiódor Dostoyevski”. No he podido comprobar con exactitud la autoría, y dada la proliferación de *fake news* a la que estamos sometidos, puede ser que Dostoyevski nunca dijera algo semejante. Pero el mensaje que contiene es verdadero y permite reconocer algo que está sucediendo en nuestra sociedad: la obligación de atenerse escrupulosamente a los dictados de lo políticamente correcto para no ser denunciado por algún defensor de una minoría que dice sentirse ofendida por nuestras palabras y actitudes. Un tema, por cierto, al que se refería certeramente Carmen Posadas en su artículo “De cómo la necedad acampó entre nosotros”.

La corrección política se ha convertido en una auténtica plaga, que ha obligado a muchas personas -políticos, autores, académicos, etc.- a asumir un proceso de autocensura y autolimitación de su derecho a la libertad de expresión y libertad de cátedra, por temor al aislamiento social. Un caso paradigmático de esta tiranía de guante blanco es el que expone Niall Ferguson en su artículo “I’m Helping to Start a New College Because Higher Ed Is Broken” al explicar los motivos que han llevado a un grupo de profesores universitarios estadounidenses a crear una nueva Universidad -la de Austin- para poder ejercer su derecho a la libertad de expresión y de pensamiento, y escapar del acoso de los censores de la corrección política.

Junto a la tiranía de lo políticamente correcto, otro rasgo que caracteriza el ambiente cultural que nos rodea es la proliferación del victimismo. Cuando un grupo identitario -una exigua minoría, por lo general- adopta el estatus de víctima, cualquier acción que se realice a su favor va investida de la autoridad moral propia de quien protege al oprimido. Y quien no tome partido -por la fuerza, si es necesario- a favor de las víctimas, será acusado de estar del lado del opresor y ser su cómplice.

Esta es la postura que han asumido los activistas del movimiento “woke”, que se ha extendido ampliamente por Estados Unidos y que ya ha llegado al viejo continente. La expresión “Gran Despertar” (Great Awokening, pronunciado con el acento típico de los afroamericanos) alude a la toma de conciencia, por parte de una izquierda con buen nivel económico y educativo, de la injusticia ejercida durante siglos por un sistema que ha oprimido a los negros y a otras minorías raciales, y que exige a los blancos que expíen esta culpa. Como señala J. Gray, los insurgentes woke quieren imponer una visión única del mundo mediante el uso pedagógico del miedo porque, o se asumen sus premisas ideológicas y se bendicen sus métodos, o automáticamente uno es colocado entre los cómplices de la opresión.

Este planteamiento alberga un error lógico de bulto, porque defender una causa justa -como es la supresión del racismo y de la desigualdad- no justifica el uso de la violencia, ni da derecho a imponer a los demás las ideas y métodos propios, obligando a todo el mundo a suscribirlos en bloque. Muchos sospechamos que no se pretende exclusivamente ni en primer lugar resolver las desigualdades, sino que hay otros intereses más directos, como dismantelar la civilización occidental, en la que ven la fuente de un sistema opresivo, empleando el procedimiento marxista de la lucha de clases. Ya no se trata de proletarios contra burgueses, sino de oprimidos -minorías raciales y culturales, homosexuales, transgénero, mujeres, etc.-

contra opresores, que se identifican con los varones blancos europeos cristianos.

Para lograr la victoria justifican el boicot y la “cancelación pública” (*public shaming*) de quienes discrepan de los métodos empleados por los presuntos defensores de esas minorías victimizadas a las que se brinda una protección especial. En este contexto se puede comprender -no compartir- la proliferación de actos vandálicos contra estatuas de personajes históricos que no se ajustaron en sus días a los dictados del nuevo canon woke.

6. Conclusión

Utilizando una expresión castellana popular, se puede decir que “así está el patio”. Y a la vista de lo que se ha ido comentando, quizá alguno pueda experimentar cierto desasosiego parecido a la falta de esperanza, al considerar la insignificancia de las propias fuerzas para hacer frente a este proceso de descomposición social.

Por esto puede ser oportuno recordar lo que se dijo antes: Dios no pierde batallas y la historia acabará bien, aunque no de golpe ni inmediatamente, porque se toma en serio la libertad humana y solicita nuestra cooperación.

Puede animarnos, ante este panorama, lo que dice el punto 831 de *Camino*:

“Eres, entre los tuyos -alma de apóstol-, la piedra caída en el lago. -Produce, con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho.

¿Comprendes ahora la grandeza de tu misión?”

Si cada uno hacemos el bien que está a nuestro alcance en nuestro ambiente, y animamos a hacer lo mismo a quienes nos rodean, esos círculos concéntricos serán cada vez serán más amplios, y se producirán movimientos saludables en la superficie del mar en el que navega nuestra barca.